



El olvido dorado: Chile y su deuda pendiente con los mayores

Gastón Gaete Coddou, Geógrafo
 Académico Universidad Playa Ancha

La imagen se repite en las esquinas de Santiago, Valparaíso, Concepción y otras ciudades del país: adultos mayores vendiendo dulces, limpiando parabrisas o simplemente pidiendo ayuda para sobrevivir.

No son casos aislados ni anécdotas conmovedoras para las redes sociales.

Son el reflejo descarado de un sistema que abandonó a quienes construyeron el país que hoy habitamos.

Chile envejece rápidamente. Según proyecciones del INE, para 2050 cerca del 30% de la población superará los 60 años. Sin embargo, esta transición demográfica nos encuentra profundamente desprovistos, con instituciones débiles y un modelo previsional que ha demostrado ser una trampa cruel para millones de personas.

El corazón del problema está en las pensiones. El sistema de AFP, vendido como la solución moderna y eficiente, se ha convertido en una máquina de producir pobreza en la vejez. La pensión promedio apenas alcanza los \$250.000 pesos, valor levemente superior al monto de la línea de la pobreza (\$240.890 a septiembre de 2025).

Por su parte, las mujeres, castigadas por las brechas salariales y las lagunas previsionales producto del cuidado familiar, reciben pensiones aún más mezquinas. ¿Cómo se supone que alguien viva dignamente, pague medicamentos, alimentación y arriendo con esa suma?

La respuesta del Estado ha sido insuficiente y tardía. El Pilar Solidario y el Aporte Previsional Solidario representan parches bien intencionados, pero insuficientes para una herida estructural. Mientras tanto, miles de personas mayores deben elegir entre comprar sus medicamentos o comer, entre pa-

gar el arriendo o mantener la calefacción en invierno.

Pero la **precariedad económica** es apenas una dimensión del problema. La tercera edad en Chile enfrenta también un **abandono social sistémico**. Los consultorios están colapsados, con listas de espera interminables para especialidades que son críticas en esta etapa de la vida (2.600.000 personas pertenecientes al sistema de salud FONASA). Las residencias de larga estadía, cuando existen, son inaccesibles para la mayoría o funcionan en condiciones deplorables. Y ni hablar de la **escasa infraestructura urbana pensada para personas con movilidad reducida**, lo que se visualiza en: veredas destrozadas, semáforos demasiado breves, escaleras sin alternativa, entre otras deficiencias propias de la circulación peatonal citadina.

Por otra parte, el **maltrato, tanto intrafamiliar como institucional**, es otra pandemia silenciosa. Según estudios del Servicio Nacional del Adulto Mayor (Senama), uno de cada seis adultos mayores ha sufrido algún tipo de violencia. El edadismo —esa discriminación naturalizada por la edad— nos convierte en ciudadanos de segunda categoría: invisibles en la publicidad, marginados del mercado laboral y tratados con condescendencia infantilizante en servicios públicos y privados.

La **familia chilena, tradicionalmente el soporte de los mayores, también está bajo presión**. Las jornadas laborales extenuantes, la necesidad de que ambos padres trabajen, y la dispersión geográfica de las nuevas generaciones han fracturado las redes de cuidado informal. **Sin un sistema de apoyo estatal robusto, muchas familias quedan atrapadas entre la culpa y la imposibilidad mate-**

rial de hacerse cargo adecuadamente de sus mayores.

¿Qué hacer entonces? Primero, hacer una **reforma previsional profunda**, no cosméticos, ni paliativos superfluos. Un sistema mixto que garantice pensiones dignas y reconozca las diferencias de género en las trayectorias laborales. Segundo, una **política integral de envejecimiento activo** que incluya: salud, vivienda, transporte, educación y espacios de participación social. Tercero, **educación**: erradicar el edadismo desde la escuela, valorar la experiencia y el conocimiento acumulado.

También necesitamos un **cambio cultural urgente**. Envejecer no es una enfermedad ni una vergüenza. Los adultos mayores no somos una carga sino personas con historia, sabiduría y derechos plenos. **Sociedades verdaderamente desarrolladas se miden por cómo tratan a sus más vulnerables, y en ese examen Chile sigue reprobando.**

El pacto social chileno quedó roto hace décadas, pero cada pensión miserable, cada adulto mayor en la calle, es un recordatorio cotidiano de esa fractura.

No se trata de caridad ni de lástima. Se trata de justicia, de reconocer una deuda histórica con quienes levantaron este país y merecen cerrar su ciclo vital con dignidad.

Mientras sigamos mirando como sociedad hacia otro lado, mientras naturalicemos la miseria en la vejez como un problema individual y no colectivo, seguiremos siendo una sociedad profundamente injusta e individualista y, no menos vulnerable. Y lo triste de esta panorámica es que cuando nos llegue el turno, encontraremos el mismo abandono que hoy permitimos insensiblemente.